

**En las excavaciones del colegio se han encontrado...**

Nunca pensé que colarme en las obras del colegio iba a ser tan emocionante. Pero creo que sería mejor empezar por el principio como cualquier otra historia. Un día cualquiera, después del colegio me reuní con mis amigos Fernando y Carlos. Estábamos en la puerta del colegio hablando de cómo nos había ido el examen de geografía, que era imprescindible aprobar para pasar de curso; y fue cuando, Carlos, quiso cambiar de tema, y empezó a hablar de las nuevas excavaciones que se habían empezado en el colegio para hacer la nueva piscina que todos deseaban. Carlos nos empezó a contar que él en su momento tuvo curiosidad por ver como realizaban las obras, y que cuando entró sigilosamente y disimulando, vio un agujero negro que estaba camuflado por tablones de madera y algo de tierra. Fue ahí cuando interrumpí a Carlos diciendo en alto que quería entrar en ese agujero oscuro y siniestro. Junto a mí se unió Fernando, pero Carlos quiso detener nuestro acto. Siguió contándonos que podría ser muy peligroso entrar ahí, que se podría derrumbar todo. En ese momento, Fernando se negó a entrar y al final tuve que explorar yo solo el agujero. -¡Vaya par de miedicas!- Pensaba yo.

Esa noche en mi casa me estuve preparando provisiones en una mochila para poder sobrevivir en aquel agujero, que al fin y al cabo mis amigos tenían razón: se podría derrumbar. Pero no me eché atrás, fui cogiendo una linterna con pilas de repuesto, unos trozos de queso, una bolsa de gusanitos y un par de botellas de medio litro. Al día siguiente, cuando terminé el colegio me despedí de todos mis amigos y les dije que no se preocupasen de mí, que estaría de maravilla. Ahora lo difícil sería que no me vieran con una mochila tan grande y con tanto peso. Pero por suerte vi cerca de mí una montaña de cascos, y me puse uno. Eran las dos y media y todos los obreros se fueron a comer y fue ahí cuando aproveché para acercarme y entrar en aquel agujero. Y entré. Lo primero que puede ver es... un montón de arena en frente mía, no me podía creer lo que veía. Cuando me disponía a irme, eché otro vistazo y esta vez sí que vi algo raro. ¿Desde cuándo hay una gran palanca roja en la pared del agujero? Interaccioné la palanca y se abrió el suelo que tenía abajo y empecé a caer y, a caer y, a caer, hasta que aterricé en una especie de barro tan blando como las almohadas. Encendí la linterna, asustado y pude ver un gran pasillo con antorchas sin encender. Por suerte traje un paquete de cerillas también, y encendí todas ellas y me quedé con una por si los moscas. Al final de ese pasillo, me encontré una gran puerta en la que había una inscripción que no entendí porque estaba en otro idioma: griego o tal vez chino, pero no tenía ni idea. En el suelo parecía haber un fragmento que encajaba con la puerta, lo puse y esta se abrió bruscamente. Pero lo que sentí al ver lo que estaba ante mis ojos no tenía precio: una ciudad derruida griega. Supe que era griega porque en geografía, cuando estudiamos Grecia, las ciudades eran exactamente iguales a la que tenía en frente mía. Pero además, en el centro de la ciudad, había una caja de oro con una cerradura. -Esto me lo tengo que llevar, pensé. Fui corriendo hacia la caja y la cogí, pero fui tan tonto que no pensé que podría haber una trampa: y ahí estaba, todo empezó a temblar y supe que era consecuencia de haber cogido aquella caja. Salí corriendo y las rocas del techo empezaron a derrumbarse, y me rozaban los talones. Llegué al pasillo y lo crucé lo más rápido que pude y en el agujero donde me caí había un obrero asomándose. Le grité: ¡ayúdame a subir, deme una cuerda o una escalera! Me dio rápidamente una

escalera y subí. El obrero no me preguntó nada, simplemente se quedó observándome como huía con la caja. Había pasado una hora y mis amigos seguían allí. Cuando me vieron con la caja se acercaron a mí, y con golpes y martillazos al final se abrió, y dentro había...

---